

EL EMPERADOR TIBERIO EN LOS ANNALES DE TÁCITO*

Catalina Balmaceda E.

Pontificia Universidad Católica de Chile

LOS ANNALES DE TÁCITO

“Libros a partir de la muerte del divino Augusto” (*Ab excessu Divi Augusti libri*) parece haber sido el título original de la obra maestra de Tácito, acuñado sin duda sobre el modelo de Tito Livio, *Ab Urbe Condita libri*. La denominación *Annales*, que el propio Tácito emplea, debe entenderse más bien como nombre común para una crónica que sigue el viejo principio de exposición lineal año por año¹. Seguramente fueron los humanistas del Renacimiento quienes hicieron de estos *annales* un nombre propio.

El tema de los *Annales* es la historia interna y externa de Roma desde el reinado de Tiberio al de Nerón, ambos incluidos, es decir, el período comprendido entre los años 14 y 68 d.C.

La obra constaba al menos de dieciséis libros, pero el texto de que hoy disponemos no está completo y tiene importantes mutilaciones: hay una gran laguna que va desde el libro VII hasta mediados del XI (faltan aquí los acontecimientos de los años 37 al 47 d.C. –todo el reinado de Calígula y el principio de Claudio–); además hay otras menos extensas, pero también importantes: la que abarca casi la totalidad del libro V y parte del VI (con los acontecimientos de los años 29 al 31, todavía en el reinado de Tiberio) y desde mediados del libro XVI hasta el final (desde el año 66 al 68), ya que es de suponer que la obra acababa con la caída del reinado de Nerón.

* Este trabajo ha sido posible gracias al Fondo de Ayuda para la Investigación de la Universidad de los Andes

¹ Tácito habla de sus *Anales*, por ejemplo, en *Ann.* IV 32,1.

Tradicionalmente se creyó que terminaba con el libro XVI, hasta que Ritter y más tarde Hirschfeld, en sus respectivas ediciones, demostraron que era muy probable que los libros hubieran sido un total de 18. Se empieza a hablar así de una estructura en tres bloques, de seis libros cada uno (héxada), que abarcarían temas definidos y acotados: primera héxada (libros I al VI): reinado de Tiberio; segunda héxada (libros VII al XII): gobierno de Calígula y Claudio; tercera héxada (libros del XIII al XVIII): gobierno de Nerón.

En su primer capítulo Tácito afirma que esta historia se había escrito presionada por el miedo mientras vivían los emperadores y, después de muertos éstos, los historiadores se habrían dejado llevar por el resentimiento. Por eso, Tácito justifica su deseo de revisar tales tiempos, pues se considera lo suficientemente alejado para no herir susceptibilidades y guardar, en cierta medida, su libertad de acción² pues pretende escribir *sine ira et studio* (sin odio ni parcialidad)³, como él mismo declara, ya que no tiene motivos para ello. Sin embargo, esta declaración de neutralidad está cargada de un fuerte elemento subjetivo, que resulta ser el propio sentimiento del republicano Tácito que intenta escribir una historia del Imperio, forma de gobierno que nunca pudo agradarle del todo.

Sine ira et studio es el famoso lema que Tácito coloca como declaración de principios al inicio de su gran obra. En qué medida los resultados finales se ajustan a esa declaración, sigue siendo objeto de debate entre los historiadores.

Los *Annales* son una crónica, pero también una meditación personal del autor, en torno a más de medio siglo de poder personal dinástico en Roma. Los *Annales* son, sin duda, una reflexión a la que Tácito se entregó con cierto pesimismo con respecto a sus propios tiempos.

Los *Annales* como obra historiográfica

Puede pensarse que los *Annales* sean acaso la fuente historiográfica más importante de que disponemos para el conocimiento de la historia de Roma entre los años 14 y 66 de nuestra era, con las lagunas antes mencionadas de los años 29 al 31 y del 37 al 41.

Todo el que quiera comparar este período o suplirlo se ve obligado a pedir ayuda a otras obras mucho menos profundas, y tal vez menos fiables, como son las de Suetonio, Veleyo Patérculo y Dión Casio. Por eso puede decirse que, para bien o para mal, nuestro

² Cfr. R. Syme, *Tacitus*. Oxford University Press, Oxford, 1958, I, p. 219.

³ Tácito, *Ann.* I, 1.

Tiberio, nuestro Claudio y nuestro Nerón tienen un semblante básicamente tacíteo.

Las fuentes de Tácito las conocemos fundamentalmente a través de su propio testimonio: estas son documentos oficiales del Estado (*acta diurna*, actas senatoriales, discursos, correspondencia oficial, etc.), la obra perdida de Plinio el Viejo, la historia de Aufidio Baso, Servilio Noniano, Séneca el Viejo, Cluvio Rufo y Fabio Máximo⁴.

Un elemento que parece nuevo es el deseo de Tácito de expresar el sentimiento no de un hombre sino de un grupo, intentar el análisis del pensamiento colectivo, en concreto lo que se pensaba acerca de Tiberio.

En el plano más concreto de lo político, parece que Tácito ya no creía en la posibilidad de hacer compatibles Principado y libertad. Su rechazo a la sucesión familiar y su veneración a las viejas virtudes romanas son de los rasgos más acusadamente republicanos de Tácito. Sin embargo, creía en la necesidad del gobierno de uno solo; más que como un adversario del Principado, hay que considerarlo como un crítico implacable de los excesos y defectos de los príncipes.

Tácito añora los viejos ideales republicanos de igualdad y libertad, echándolos en falta, sobre todo, en la clase senatorial, a la que podría considerar en un principio más obligada a conservarlos. Su crítica social empieza, efectivamente, por las capas altas de la sociedad, a las que no considera a la altura de las circunstancias.

Los *Annales* como obra moralizante y política

Tácito en manera alguna entendió su *sine ira et studio* como expresión de indiferencia ética. Al contrario, es por excelencia un historiador de buenos y malos ejemplos, y aplica todos los recursos de que dispone como narrador para ponerlos de relieve (por ejemplo, es curioso observar cómo en los últimos años de Tiberio se observa al mismo tiempo la decadencia física y la depravación moral progresiva⁵, o cómo en Germánico la prestancia corporal parece hacer de marco idóneo a las altas cualidades éticas de este⁶).

Este profundo moralismo de Tácito no tiene raíces o correspondencia religiosas. Los dioses no son los que en el más allá premian o castigan; es la posteridad humana la que aparece en los *Annales* constantemente como juez último y la que ha de dar a cada uno su merecida retribución de aprecio o infamia. Es respetuoso, sin embargo, del culto tradicional romano, pero muestra una clara antipatía por

⁴ Para las fuentes de Tácito, véase R. Syme, *op. cit.* I, p. 271 y ss.

⁵ Cfr. Tácito, *Ann.* VI 1 y 50.

⁶ Cfr. Tácito, *Ann.* II 73.

la ola de cultos orientales que invadían Roma en ese tiempo y en la que el cristianismo era una secta más⁷.

Con las ideas apuntadas, podría constituirse un pequeño esquema del mundo intelectual y moral tacíteo. Queda claro que Tácito tuvo la oportunidad de conocer los hechos a fondo, pero de que los haya narrado verdaderamente *sine ira et studio* ya no podemos estar tan seguros, a no ser que se consideren como fruto de su afán de imparcialidad ciertas contradicciones que afloran en su relato: un Tiberio austero, modesto y desprendido, en contraposición a un Tiberio del que siempre cabe esperar lo peor; un Claudio cruel y poco inteligente, al lado de un Claudio que defiende con habilidad y sensatez el acceso de los provinciales al Senado, etc. Tal vez haya que considerar estas paradojas como muestras de imparcialidad.

Los *Annales* como obra literaria

Aparte de los juicios favorables que los *Annales* puedan merecer como documento histórico, está el destacado lugar que se ha ganado en la historia cultural de Occidente por sus valores literarios.

El calificativo de “tarea oratoria en grado sumo”⁸ que Cicerón dio a la historiografía se entiende cuando se ve que el primer instrumento de aproximación analítica a un texto historiográfico antiguo es el propio de “*ars rethorica*”, es decir, el historiador no sólo nos cuenta algo, sino que también intenta convencernos de algo.

Toda la obra historiográfica es concebida como una gran pieza oratoria y, como tal, su autor gusta de intercalar discursos o parlamentos atribuidos a los protagonistas. Tácito prefiere la exposición de las palabras ajenas en el estilo indirecto, también llamado *oratio obliqua*, que es la transposición sintáctica a medio camino entre el estilo directo y la subordinación, tan característica de la prosa historiográfica latina, y que no tiene equivalente exacto en castellano.

La historiografía nació a la sombra de la prosa retórica, pero esta no tardó en caer en la órbita de influjo del drama. Tácito es precisamente uno de los más característicos exponentes de la historia trágica. El historiador dispone la narración de manera que logra crear un *crescendo* de patetismo, de sensación dramática en el momento clave de los grandes acontecimientos: por ejemplo, el enfrentamiento de Germánico con los legionarios amotinados⁹, el desembarco de Agripina en Bríndisi portando las cenizas de su marido¹⁰, etc.

⁷ Cfr. Tácito, *Ann.* XI, 15; XII, XV, 44.

⁸ Cic. *De Legibus* I, 5.

⁹ Cfr. Tácito, *Ann.* I, 42.

¹⁰ Cfr. Tácito, *Ann.* IV, 39.

Con Tácito, el proceso de poetización de la prosa alcanza una gran cima. Busca la solemnidad, tan querida para los historiadores romanos, así como también el modo de expresión menos habitual, y esto es lo que le da a la lengua de Tácito esa fisonomía inconfundible. Por principio, Tácito huye de lo vulgar, lo banal y lo superfluo; sorprende continuamente al lector frustrando sus posibilidades de previsión con respecto a las partes venideras del discurso. No podemos dejar de mencionar también la consabida concisión de Tácito, que pone en aprieto no pocas veces al traductor, forzándolo a la versión amplificada.

No obstante, hay una importante diferencia que la distingue fundamentalmente de la oratoria, del drama y de la prosa poética, y es que, si bien estos géneros tienen sus móviles y objetivos muy lícitos, la historia ha de estar esencialmente al servicio de la verdad.

Influencia de Tácito

Ha sido el enfoque altamente moralista con que Tácito examina la historia y concibe la política lo que ha hecho de él un escritor llamativamente atractivo. En los *Annales* se ofrece al mismo tiempo un magnífico campo de observación y un profundo análisis teórico del arte del gobierno personal.

A partir del Renacimiento, Tácito se pone de moda por sus lecciones de política. De su meditación surgió el “tacitismo” de los siglos XVI y XVII, que en cierta manera sirvió como máscara para las doctrinas maquiavelistas: el Tiberio de Tácito pasó a ser una suerte de Príncipe en Maquiavelo. Pero no se puede decir que haya coincidencia entre los pensamientos de ambos, ya que, aunque el relato de las costumbres pervertidas de los príncipes sea parecido, Tácito siempre lo reprueba y en ningún momento las da por válidas, como es el caso de Maquiavelo.

Posteriormente, en el siglo de las luces, pasará Tácito a ser como un paladín en la lucha contra los abusos del poder personal; Chateaubriand lo llamará “enemigo de los tiranos”, mientras que Napoleón, que se creía descendiente directo de los césares, lo tachará de calumniador y detractor de la humanidad¹¹.

Si hay que reconocer que el papel de los estudios clásicos en el mundo contemporáneo no tiene ya una importancia tal que permita caracterizar su cultura por la huella de un determinado autor antiguo, tampoco puede negarse que Tácito sigue resultando verdaderamente actual para el hombre culto de nuestros días.

¹¹ Para este tema puede verse: Sanmartí Boncompte, *Tácito en España*, Barcelona, 1951.

TIBERIO EN TÁCITO

La parte más famosa de la obra, la más estudiada y la que ha suscitado más comentarios encontrados y mayor polémica es la dedicada al reinado de Tiberio (libros I al VI). Tácito se recrea en estudiar la psicología de este emperador, Tiberio parece ser su obsesión. Es cierto que este personaje sinuoso, resentido, siniestro, maestro inigualable en el arte de disimular y en el odio contenido, es la más grande creación de Tácito, pero sólo desde el punto de vista literario o artístico.

En cambio, desde la perspectiva histórica, su parcialidad es evidente. Ahora bien, si leemos la obra con atención, encontraremos las bases para esa rehabilitación que después se ha hecho del personaje; y es que Tácito le reconoce también sus méritos, aunque menos: por ejemplo, en algunas ocasiones nos lo presenta esquivo ante los honores, enemigo de la adulación personal, deseoso de poder contar con la colaboración del Senado, sensato en política, interesado en la grandeza del Imperio, respetuoso con la tradición¹².

I. Problema sucesorio, ruptura del consenso y proyecto imperial

Los *Annales* de Tácito, como ya se ha dicho, han sido una de las fuentes más importantes para conocer el período después de la muerte de Augusto. Sin embargo, la visión que este aristócrata republicano tiene del gobierno tiberiano nos puede presentar una idea sesgada y parcial de este tiempo, influida quizá por la propia postura política del autor.

¿Cuál era la orientación política de Tácito? Cuando uno empieza la lectura de los *Annales*, la primera impresión es que su autor deplora los cambios constitucionales hechos por Augusto y desea la vuelta al gobierno republicano, cuando el Senado tenía el poder y ningún hombre poseía la suprema autoridad —el consulado— por más de un año.

Un historiador, quizá poco recordado, contemporáneo de Augusto, Velejo Patérculo, era de la opinión contraria y en su obra hace eco de la política oficial: no hay necesidad de volver a la República,

¹² *Nomen pater patriae Tiberius, a populo saepius ingestum, repudiavit; neque in acta sua iurari quamquam censete senatu permisit, cuncta mortalium incerta, quantoque plus adeptus foret, tanto se magis in se lubrico dictitans* ('Tiberio rechazó el título de padre de la patria ofrecido por el pueblo varias veces y no permitió que se jurara por sus mandatos, a pesar de la decisión del senado, argumentando que todas las cosas mortales son inciertas, y que él, cuanto más altura alcanzara, más expuesto estaría a la caída'). *Ann*, I, 72.

porque Augusto ha devuelto la paz olvidada por el desorden y la confusión de las guerras civiles. Tácito, por su parte, no tiene paciencia para estas piedades y momentos de paz; él claramente señala que Augusto presionó y terminó por absorber las funciones del Senado, de las magistraturas e incluso de la ley¹³. Al final de su reinado, dice Tácito, ya no quedaba nadie que hubiera visto la verdadera república, el espíritu de igualdad se tenía por cosa del pasado y todos estaban pendientes de las órdenes del príncipe¹⁴.

En este estado de cosas entra en juego Tiberio como sucesor de Augusto. Para Tácito, se llega con él al máximo de la servidumbre contraria a la igualdad política de la verdadera República. Sin embargo, esta “esclavitud” y falta de igualdad se refieren específicamente a los privilegios y poder perdidos de la clase senatorial, a la que Tácito pertenecía. Existen evidencias que indican que los emperadores, incluso o quizá especialmente esos “malos” emperadores a los que los senadores se oponían más duramente, eran populares en la masa del pueblo. Era simplemente un asunto de generosidad imperial: grano barato, abundantes espectáculos y toda una serie de medidas populistas.

Existen razones para ser cautos con la obra de Tácito y para no dejarnos envolver tan fácilmente con su brillante estilo y sus dotes literarias. Tácito estaba escribiendo más de sesenta años después de la muerte de Tiberio. Había muy pocos que pudiesen recordar el reinado del sucesor de Augusto, y Tácito había dependido principalmente de fuentes literarias cuya identidad, calidad y veracidad son normalmente difíciles de evaluar. Como Tácito raramente discute sus fuentes, es casi imposible detectar interpretaciones tomadas de escritores anteriores. Prejuicios, parcialidades, malos entendidos y rumores deben de haberse mezclado con los hechos, y los historiadores modernos tienen pocos recursos para reconstruir el proceso que Tácito describe con tanto detalle.

Tácito era un senador, y por esto su historia se concentra en la relación entre la aristocracia senatorial y el emperador. El Senado es presentado como la principal institución de la actividad política,

¹³ *Insurgere paulatim munia senatus magistratuum legum in se trahere, nullo adversante, cum gerocissimi per acies aut proscriptione cecidissent (...)* (‘Paulatinamente, empezó a tomar para sí las prerrogativas de las leyes, sin que nadie se le opusiera, dado que los más decididos habían caído en las guerras o en las proscripciones...’). *Ann* I, 2.

¹⁴ *Igitur verso civitatis statu nihil usquam prisca et integri moris: omnes exuta aequalitate iussa principis aspectare, nulla in praesens formidine (...)*. (‘Así pues, cambiado el régimen de la ciudad, no quedaba nada de las antiguas y buenas costumbres: todos, abandonando el espíritu de igualdad, estaban pendientes de las órdenes del príncipe, sin temor alguno por el presente...’). *Ann*, I, 4.

como lo había sido durante la República. Sus intereses políticos y su propia carrera deben de haber afectado sus “intereses históricos”. Es por eso que presenta un punto de vista prosenatorial y usa fuentes que compartan su opinión. Se puede comparar esta visión con la del historiador de carrera ecuestre Veleyo Patérculo, que, aunque pueda ser acusado de adulación al régimen imperial, hace una presentación positiva de Tiberio y de Sejano, lo que muestra que al menos algunos tenían una perspectiva distinta de la de los senadores para mirar los acontecimientos políticos. Ni Veleyo ni Suetonio muestran el obsesivo interés de Tácito en las relaciones entre el Senado y Tiberio.

Tácito, como todos los historiadores, escribe con el beneficio de la retrospectiva. Si fechamos la formación del régimen imperial el 27 a.C., entonces estaba escribiendo después de 130 años de gobierno personal, cuando el trono había tenido ya trece emperadores y no existía una real alternativa de cambiar el sistema de gobierno. Tiberio llegó a ser emperador menos de 50 años después de la formación del Principado y cuando sólo Augusto había obtenido el máximo poder personal. Tácito sabía cuál iba a ser el desarrollo posterior del Principado y que el Senado sufriría la tiranía de Calígula, Nerón y Domiciano, con ninguna posibilidad de volver al gobierno republicano. Además, Tácito escribía para una audiencia culta. Sus contemporáneos, aunque no fueran historiadores, sabían algo del reinado de Tiberio y el final de su historia, hecho que, obviamente, no sabían los que vivían ese tiempo. Entonces, para Tácito y sus coetáneos los acontecimientos del reinado de Tiberio eran un preludio de la historia del resto del siglo I d.C. y el respeto que tenía Tiberio al Senado en sus primeros años fue visto con amarga ironía, sobre todo cuando el escritor y su audiencia sabían lo que iba a pasar. Por eso, para entender por qué la gente se comportó como lo hizo después del 14 d.C., hay que despojarse de todo conocimiento de la historia posterior.

II. La sucesión de Augusto

La cuestión sucesoria es uno de los puntos más disímilmente tratados y difíciles de clarificar en las diferentes fuentes del período tiberiano. Para Veleyo Patérculo, Tiberio era el único con condiciones y capacidades demostradas para suceder a Augusto; incluso señala cómo este último habría muerto tranquilamente entregando el gobierno del Imperio al hijo de Livia¹⁵. Para Suetonio, en cambio, la elección de

¹⁵ Cfr. Vel. Pat. II, 103; II, 123.

Tiberio por parte del *princeps* habría sido bastante más pensada¹⁶, e incluso mezquinamente calculada, “movido por la ambición de hacerse añorar más un día con semejante sucesor”¹⁷.

Tácito, por su parte, es implacable con respecto a los motivos de elección de Tiberio como sucesor de Augusto: no quedaba nadie más que fuera capaz de llevar esa carga –Marcelo, Agripa, Gayo y Lucio habían muerto– y el *princeps* se había asegurado a Tiberio en su adopción, junto con la de Marco Agripa, su nieto, obligándolo a su vez a adoptar al popular Germánico¹⁸.

Seguramente las tres versiones contienen algo de verdad, pero siguiendo la interpretación de Tácito, ¿no era normal que Tiberio tuviera sus complejos al llegar al poder y se volviera inseguro y suspicaz de la aprobación senatorial? Tenía motivos fuertes para sentirse así: primero que nada, es un hecho real que fue tardíamente adoptado; además, sabía que Livia, su madre, podía haber presionado a Augusto para tal decisión. ¿Qué seguridad tenía Tiberio de haber sido elegido por sus habilidades personales y no por las circunstancias del momento? En verdad, no había nadie mejor preparado que Tiberio para suceder a Augusto, aunque esto no signifique que lo hubiera elegido por gusto.

Tiberio sabía que él era un buen militar, había dado muestras de ser un excelente general, victorioso en las guerras y popular entre sus soldados¹⁹, pero le faltaba la *auctoritas* necesaria, ese prestigio y ascendiente sobre el Senado que sí tuvo Augusto y que le ganó el título de “pacificador de Roma” y “padre de la patria”. Era muy difícil suceder a un genio político, al hombre más poderoso del mundo y aclamado por todos. ¿Por qué el pueblo romano acepta a Tiberio? Porque Augusto se había preocupado de dejarle una base segura de su poder: tenía la *tribunicia potestas* y el *imperium* equiparable al *princeps*. Este había sido uno de los puntos clave de la política augustea, preparar la estructura para que la sucesión –hecho inédito en la Roma republicana– se realizara como algo normal y fuera de toda duda. De hecho, eso es lo que sucede cuando muere

¹⁶ Cfr. Suetonio, *Tiberio* 21, 3.

¹⁷ Suetonio, *Tiberio* 21, 2.

¹⁸ *Nero solus e prevignis erat, illuc cuncta vergere: filius, collega imperii, consors tribunicia potestatis (...)* At hercule Germanicum Druso ortum octo apud Rhenum legionibus inposit adscirique per adoptionem a Tiberio iussit, quamquam esset in domo Tiberii filius iuvenis, sed quo pluribus munimentis insisteret (‘Sólo le quedaba Tiberio Nerón de sus hijastros y todo se concentró en él: lo hizo su hijo, colega en el imperio, copartícipe en la potestad tribunicia (...) En cambio, ¡por Hércules!, a Germánico, hijo de Druso, lo puso al frente de ocho legiones junto al Rhin, y ordenó a Tiberio que lo adoptara por hijo, aunque Tiberio tenía un hijo joven, para estar apoyado más firmemente’). Tác. *Ann* I, 3.

¹⁹ Cfr. Vel. Pat. II, 95; II, 97; II, 111; II, 112; II, 115 y Suetonio, *Tiberio* 16-20.

Augusto. Aunque, según Tácito, esta sucesión no fue en absoluto natural sino traumática para Roma, ya que era la primera vez que se le imponía un gobernante, que debía aceptar sólo por ser el heredero de Augusto, y traumática además para el mismo Tiberio, que hubo de fingir una farsa en el Senado aparentando rechazar el poder para que éste, en el colmo de la bajeza y servidumbre, se lo otorgara “libremente”²⁰.

El problema sucesorio del Principado queda abierto al no buscar Tiberio un posible sucesor y prepararlo tal como lo había hecho Augusto con él, y esto, según Tácito, por posibles celos o envidias. En adelante, el título no se ganará por méritos personales, sino que al elegido se le investirá en el mismo momento de su elección de todos los poderes necesarios.

III. Ruptura del consenso

A la vista de sus contemporáneos el gobierno de Augusto podía aparecer como el resultado directo de su victoria en la guerra civil y el reconocimiento de sus méritos; en particular, por haber restablecido el orden, después de decenios de violencia. Augusto ejerció un poder sobre la base legal y revestido de la *auctoritas*, que le otorgaba un ascendiente político inigualable sobre todos los ciudadanos.

A través de una propaganda solapada y progresiva, que muestra su punto cúlmine en la *Res Gestae*, Augusto había insinuado la convicción de que el Imperio, en su amplitud desmesurada y con un ejército peligrosamente expuesto a devenir en instrumento de ambición política, exigían un gobierno centralizado²¹. Se debe resaltar la diplomacia con que Augusto controlaba cada situación conflictiva y cómo sabía transformarla en una situación favorable para él, sin dejar descontentos a sus opositores. Es a esto lo que se le llama el “consenso”, que también queda claramente manifestado en su *Res Gestae*²². Con esta táctica y con el innegable prestigio que poseía hasta en el último rincón del Imperio, Augusto logra cambiar la concepción del poder temporal y colegial que tenían los romanos, ya que a partir de él deviene en hereditario, perpetuo y unitario.

El gobierno de Augusto, basado en el consenso con el Senado, el orden ecuestre y él *-princeps* de los ciudadanos e *imperator* de los soldados-, fue un gobierno de equilibrio entre innovación y restauración.

²⁰ Cfr. Tác. *Ann*, I, 7 y I, 11.

²¹ Cfr. *Res Gestae* I, 3-4.

²² Cfr. *Res Gestae* XXXIV, 1.

Todo esto se dio en la teoría, pero se sabe bien –y Tácito mejor que nadie– que en la práctica, Augusto era el dueño de todo, pero él se las ingenió para no parecerlo, y el Senado le creyó o –lo que es peor para Tácito– fingió creerle²³.

Esta situación cambia con Tiberio; su personalidad ambigua²⁴ contribuyó a debilitar sus relaciones con el Senado, que se mostró obstinadamente contrario a él. Tiberio, según Tácito, se comporta como un eterno simulador (¿acaso Augusto no lo fue?) y la aristocracia no se entiende con él; ambas partes actúan y simulan una frente a la otra²⁵. Esto no es precisamente consenso, aunque se mantiene, según Tácito, una especie de “buenas relaciones” por bajeza y temor²⁶.

Al Senado no le queda otra posibilidad que resignarse ante los hechos consumados de la existencia de un poder personal unitario, donde su papel era francamente secundario. Constituye una hipocresía para Tácito seguir hablando y otorgando decretos en nombre del SPQR²⁷. Sin embargo, Tiberio intentó mantener algunos de los principales elementos del gobierno republicano. Permitió al Senado debatir y decidir en la mayoría de los casos, y él mismo era reticente a dar su opinión. Él se retrataba como el servidor del Senado, no como su amo. Pero la realidad política del momento hacía que algunos senadores ambiciosos quisieran mantener su posición cerca del poder. El Senado ya no era capaz de ofrecer al emperador una guía política imparcial desde el momento en que sus miembros no eran políticamente independientes. La situación era frustrante y Tiberio la define con su famosa frase: *O homines ad servitutem paratos!*²⁸

Otro aspecto que profundizó esta ruptura del equilibrio augusteo o consenso fue que poco a poco nació el temor, la sospecha y la sensación de desamparo frente a la autoridad. Se vuelve a poner en vigencia y con mucha más fuerza la *lex lesae maiestatis*²⁹, nombre que literalmente podría traducirse como ley de la majestad lesionada o ley de soberanía. Esta ley castigaba los delitos que atentaban contra el Estado, especialmente el de traición. Tácito acusa a Augusto de ser el primero en acudir a ella para mantener por la fuerza el poder absoluto, no sólo si se había lesionado la soberanía con actos sediciosos, sino incluso con las palabras. Con Tiberio esta ley habría

²³ Cfr. Tác. *Ann*, I, 2.

²⁴ Cfr. Tác. *Ann*, I, 4; I, 6.

²⁵ Cfr. Tác. *Ann*, I, 11.

²⁶ Cfr. Tác. *Ann*, I, 12-13.

²⁷ Cfr. Tác. *Ann*, III, 60.

²⁸ Tác. *Ann*, III, 65.

²⁹ Cfr. Tác. *Ann*, I, 72.

pasado a manipularse como medio de protección y muchas veces incluso para satisfacer venganzas meramente personales, teniendo en cuenta la facilidad con que se admitían las acusaciones. Con Tiberio son cada vez menos los convencidos de la restauración republicana.

IV. Proyecto Imperial

El gran proyecto de Augusto había sido devolverle la ansiada paz a Roma. La *pax augustea* es conservada por Tiberio y esto ninguna fuente lo niega³⁰. Puede decirse que la *pax* es el objetivo cumplido del poder personal del Principado.

Tiberio mantiene, en líneas generales, la política exterior de Augusto. Quizá lo mejor de su gobierno o lo único posible de rescatar haya sido su fidelidad por mantener en vigencia los decretos de Augusto. Sin embargo, incluso aquellos que se refieren a la paz y a la moderación en las costumbres son rechazados por Tácito, quien ve una falsedad y cómoda cobardía³¹.

Tiberio continúa con la política de su padre de otorgar cargos y altos puestos a *homines novi*, y contribuye al ascenso del orden ecuestre, que fue tan beneficioso para sanear la política del Imperio. Pero para los aristócratas como Tácito, que por la *pax* han perdido la *libertas*, si esta paz ya ha sido conseguida y asegurada, ¿para qué seguir con el sistema en que ellos no ocupaban el papel protagónico ni participaban destacadamente? ¿A quiénes había convencido Augusto de su “restauración republicana”? Es por esto que en la política interior nace el miedo y la adulación³², pero en realidad no es que haya aparecido el temor por primera vez, sino que la novedad estaba en que ahora eran los aristócratas quienes se sentían inseguros, y entre ellos Tácito, que es quien escribe. Nada con respecto a este particular señala, por ejemplo, Veleyo Patérculo; es un punto que a él “no lo toca”, pues los *homines novi* no tienen nada que temer; por el contrario, este nuevo régimen parece otorgarles nuevas oportunidades de surgir.

³⁰ Cfr. Vel. Pat. II, 126-131; Suetonio, *Tiberio* 37; Tác. *Ann*, IV, 32.

³¹ *Miseram pacem vel bello bene mutari...* (‘Una paz miserable bien podría haber sido cambiada por la guerra’). Tác. *Ann*, III, 44.

³² “*At Romae ruere in servitium consules, patres, eques, quanto quis inlustrior, tanto magis falsi ac festinantes, vultuque composito, nec laetu excessu principis neu tristiores primordio, lacrimas gaudium, questus adulationem miscebat*” (‘Pero en Roma cayeron en el servilismo cónsules, senadores y caballeros. Cuanto más ilustres eran, tanto más falsos y rápidos y con gestos estudiados –para no parecer muy contentos por la muerte del príncipe, ni muy tristes por el advenimiento del sucesor–, mezclaban la alegría y las lágrimas, los lamentos y la adulación’). Tác. *Ann*, I, 7.

CONSIDERACIONES FINALES

Tácito analiza sobre todo la política interna del gobierno de Tiberio, y a la hora de resumir su vida y sus hechos se concentra sobre todo en el deterioro de la personalidad del sucesor de Augusto, que el autor percibe como un proceso gradual en el que el verdadero carácter del *princeps* se habría ido demostrando por etapas. El carácter de Tiberio habría sido, para Tácito, la principal causa del empeoramiento de las relaciones entre el príncipe y el Senado y el resto de los miembros de la antigua aristocracia senatorial.

A pesar de que los detalles del análisis de Tácito deben ser revisados con mayor acuciosidad, no hay duda de que el carácter de Tiberio tuvo una considerable importancia para el desarrollo de su gobierno. Todas sus ansiedades y dudas quedan fijadas por Tácito incluso antes de que Tiberio llegara a ser el *princeps*. Para Tácito, el eterno disimulo de Tiberio fue la causa principal de que el Senado siempre estuviera como a la defensiva con él, porque nunca podía saber si su reacción frente a los acontecimientos era sincera o no³³. Este fue, sin duda, el punto más débil del nuevo príncipe: su relación con el antiguo orden senatorial, que su predecesor había logrado mantener en una posición relativamente activa y de concordia.

Un análisis que intentara ser objetivo tendría que reconocer que el régimen instaurado por Augusto fue exitosamente transmitido a un sucesor, a pesar de que el mismo Tiberio haya sentido este proceso como algo traumático. El nuevo *princeps* demostró que el sistema augusteo podía permanecer en pie independientemente de su fundador. Pero Tácito ve muchas dificultades en esto y casi todas están centradas en el problema irreconciliable de “principado” y “libertad”: el *princeps* necesitaba ser capaz de trabajar con el Senado sin dominar a sus miembros y sin privarlos de su independencia. En otras palabras, para Tácito, el gran enemigo de la libertad era una monarquía hereditaria y, como resultado de ésta, la arrogancia caprichosa de sus representantes.

En Tácito coexisten muchos argumentos *ad hominem* hacia Tiberio, junto con su visión negativa de la efectiva pérdida de la libertad. Este punto de vista se comprende al conocer qué sector representa Tácito: el de los aristócratas republicanos que sólo toleraban el nuevo régimen porque con él había llegado la paz.

³³ *perstititque posthac secretis etiam sermonibus aspernari talem sui cultum, quod alii modestiam, quia diffideret, quidam ut degeneris animi interpretabantur* ('y siguió insistiendo después también en conversaciones privadas, en el rechazo a tal culto a su persona, lo que algunos atribuían a su modestia, muchos a su desconfianza, otros a su carácter vil'). Tác. *Ann.*, IV, 38.

La fuerza de Tácito como autor es enorme. Su fuerza literaria, sus juicios morales y sus interpretaciones históricas hacen de él la principal fuente para conocer el período. Su experiencia lo llevó a adoptar una visión más pesimista acerca de las relaciones entre el emperador y el Senado, probablemente modelando la historia de Tiberio como reflejo del reinado de Domiciano. Más aún, para Tácito y sus contemporáneos los hechos del gobierno de Tiberio habían sido un preludio de la historia del resto del siglo. El respeto de Tiberio al Senado en sus primeros años de reinado se convertía en algo especialmente irónico cuando el autor y su audiencia sabían lo que iba a suceder después. Tácito conocía la posterior evolución del régimen imperial y quizá por eso fue tan duro al juzgar a Tiberio, pues pone en su crítica el regusto amargo de sus propios tiempos y de su pertenencia a un grupo social incapaz de volver a ser protagonista de la dirigencia política de Roma, su patria.

BIBLIOGRAFÍA

- ALADAMA, ROVIRA, ZAPATA. *Introducción a la historiografía latina*. Editorial Palas Atenea, Madrid, 1989.
- ANDRE, J.M.; HUS, A. *La Historia en Roma*. Editorial Siglo XXI, Madrid, 1989.
- DOREY, T.A. *Tacitus*. Basic Books INC Publishers, New York, 1969.
- GABBA, E. *The Historians and Augustus en Augustus, Seven Aspects*. Edited by F. Millar and E. Segal, Oxford Clarendon Press, Oxford, 1984.
- GALLOTA, B. *Germanico*. L'Erma di Bretschneider, Roma, 1987.
- GIUA, M.A. *Tiberio, simulatore nella tradizione storica pretacitiana*. En "Athenaeum" LIII, 1975.
- GIUA, M.A. *Una lettura della biografia svetoniana di Tiberio*, en "Vichiana", 1989.
- HELLEGOUARC'H, J. *La figure de Tibere chez Tacite et Velleius Paterculus*, en "Melanges de littérature et d'épigraphie latines, d'histoire ancienne et d'archéologie", 1980.
- JONES, A. *Augustus*. W.W. Norton and company, London, 1970.
- KAST, P. *Las memorias del tirano*. Luis Caralt editor, Barcelona, 1990.
- LEVICK, B. *Tiberius, the politician*. Routledge, London, 1976. Revised edition, 1999.
- MELLOR, R. *Tacitus*. Routledge, London, 1993.
- SCULLARD, H.H. *From the Gracchi to Nero*. Fifth edition. Routledge, London, 1996.
- SHOTTER, D. *Tiberius Caesar*. Routledge, London, 1992.
- SILVERMAN, D. *Tacitus' Republicanism*. En "Humanities" 110, 1996.
- STORONI, L. *Tiberio o la spirale del potere*. Rizzoli Libri, Milano, 1981.
- SYME, R. *The Augustan Aristocracy*. Oxford Clarendon Press, Oxford, 1986.
- SYME, R. *Tacitus*. Oxford University Press, Oxford, 1958.
- SYME, R. *The Roman Revolution*. Oxford University Press, Oxford, 1939.

- VON ALBRECHT, M. *Historia de la Literatura Romana*. Editorial Herder, Barcelona, 1999.
- WOODMAN, A.J. *Velleius Paterculus, the Tiberian Narrative*. Cambridge University Press, Cambridge, 1977.
- WOODMAN, A.J. *Tacitus reviewed*. Oxford Clarendon Press, Oxford, 1998.

Fuentes

- CASSIUS DIO. *The Roman History*. Loeb Classical Library, last edition, 1994.
- AUGUSTUS. *Res Gestae Divi Augusti*. Luca Canali, Editori Reuniti, 1982.
- SUETONIO. *Vida de los doce césares*. Editorial Gredos, Madrid, 1992.
- TÁCITO. *Annales*. Editorial Gredos, Madrid, 1979.
- TÁCITO. *Annales*. Editorial Alianza, Madrid, 1993.
- TÁCITO. *Annales*. Editorial Aguilar, Madrid, 1946.
- TACITUS. *Annals*. Edited by Martin and Woodman. Cambridge University Press, Cambridge, 1989.
- TACITUS. *Annalium ab excessu divi Augusti libri*. Edited by Henry Furneaux. Oxford Clarendon Press, Oxford, 1883.
- VELLEIO PATERCOLO. *Storia di Roma in due Libri*. Editorial Rusconi, Milán, 1978.
- VELLEIUS PATERCULUS. *Historiae Romanae*. Penguin Books, London, 1987.
- VELLEIUS PATERCULUS. *Historiae Romanae*. Unione Tipografica Editrice Torinese, Torino, 1991.